

por un instinto mas cierto, se ríe en secreto de las tristes máximas á que finje dar asenso, y solo aguarda la ocasion para hacerlas vanas. Todo esto va contra la naturaleza. Siguiendo un camino opuesto, llegaré con mas seguridad al mismo punto: no temeré acariciar en él el halagüeño afecto de que está prendado; se le pintaré como la dicha suprema de la vida, porque efectivamente lo es; cuando yo se le pinte, quiero que se abandone á él; haciéndole tocar el embeleso que al deleite sensual añade la union de los corazones, le apartaré de la disolucion, y por amor le haré recatado.

¡Qué cortos alcances ha de tener quien en los nacientes deseos de un mozo solo contemple un obstáculo á las lecciones de la razon! Yo veo el verdadero medio de hacerle dócil á estas mismas lecciones. Las pasiones solo se contrarestan con otras; por su imperio se ha de resistir su tiranía, y siempre se han de sacar de la misma naturaleza los instrumentos propios para regularla.

No está Emilio destinado á vivir siempre solitario; miembro de la sociedad, debe desempeñar sus obligaciones; nacido para tratar con hombres, los debe conocer. Conoce al hombre en general; le falta conocer á los individuos. Sabe lo que hacen en el mundo; fáltale ver cómo viven. Es tiempo de manifestarle lo exterior de esta vasta escena, cuyo oculto juego conoce ya. No se presentará con la estúpida admiracion de un mozo atolondrado, sino con el discernimiento de un espíritu recto y sano. Sin duda le podrán engañar sus pasiones: ¿cuándo no engañan á quien se deja llevar de ellas? Pero al menos no le engañarán las ajenas. Si las ve, será con los ojos del sábio, sin que le arrastren sus ejemplos ni le seduzcan sus preocupaciones.

Así como hay una edad idónea para el estudio de las ciencias, hay otra para cojer bien el estilo del mundo. El que aprende este estilo de muy jóven, le sigue toda su vida sin reflexion ni discernimiento, y aunque con mucha presuncion, sin saber nunca lo que se hace. Pero el que le aprende, y ve las razones de él, le sigue con mas conocimiento, y por consiguiente con mas gracia y mas tino. Dadme un chico de doce años que no sepa nada de cosa alguna; á los quince os le vuelvo sa-

biendo tanto como el que desde sus primeros años habeis instruido, con la diferencia de que el saber del vuestro residirá en su memoria, y el del mio en su juicio. Del mismo modo, introducid á un mozo de veinte años en el mundo; bien guiado, será dentro de un año mas amable, y urbano con mas juicio que el que se hubiere criado en él desde su niñez; porque como el primero es capaz de conocer las razones de todos los procedimientos relativos á la edad, condicion y sexo, que constituyen este uso, puede reducirlos á principios, y aplicarlos á los casos no previstos, mientras el otro que no tiene mas regla que la práctica, se halla atascado en cuanto sale de ella.

Las señoritas francesas se educan todas en conventos hasta que las casan. ¿Se echa de ver que se amolden con dificultad á modales que son para ellas tan nuevos? ¿Acusará alguien á las mujeres de Paris de que no tienen desenvoltura ni gracia, ó de que no saben el estilo del mundo, porque no se han criado en él desde niñas? Sostienen esta preocupacion las mismas personas de la córte, que no conociendo cosa mas importante que esta mezquina ciencia, se figuran, contra todo fundamento, que nunca es sobrado temprano para aprenderla.

Verdad es que tampoco se ha de aguardar hasta muy tarde. El que ha pasado su mocedad lejos de personas de trato fino, tiene despues entre gentes un aire atado y violento; dice siempre cosas fuera del caso; sus modales son pesados y desmañados, sin que el hábito de vivir con gentes finas se los pule, pues, al contrario afanando por atildarse se torna mas ridículo. Cada género de instruccion tiene su tiempo oportuno que es necesario conocer, y sus riesgos que se han de evitar: y en esta se reunen mas particularmente; pero tampoco expongo á ella á mi alumno, sin precauciones que le preserven de estos peligros.

Quando mi método presenta un mismo objeto á cualquier parte que se tienda la vista, y quando remedia un inconveniente, precaviendo otro, entonces creo que es bueno, y que no salgo de la verdad. Esto me parece hallarlo en el medio que aquí me ocurre. Si quiero ser austero con mi discípulo, perderé su confianza, y en

breve se esconderá de mí; si quiero ser condescendiente y fácil, ó cerrar los ojos, ¿qué le sirve estar bajo mi tutela? No hago mas que autorizar sus desórdenes, y descargar su conciencia á costa de la mia. Si le introduzco en el mundo con solo el proyecto de que se instruya, se instruirá mas de lo que yo quiera. Si le mantengo distante de él hasta el fin, ¿qué habrá aprendido conmigo? Todo, acaso, menos el arte mas indispensable para el hombre y para el ciudadano, que es saber vivir con sus semejantes. Si presento á sus atenciones una utilidad muy remota, será como nula para él, que solo de lo presente hace aprecio. Si me ciño á ofrecerle pasatiempos, ¿qué provecho le hago? Se afemina y no se instruye.

Nada de eso: mi expediente solo lo remedia todo. «Tu corazón, digo al mancebo, necesita una compañera; vamos á buscar la que te conviene: acaso no la encontraremos con facilidad, pues siempre es raro el mérito verdadero; pero no nos precipitemos, ni aburramos. Sin duda habrá alguna, y al cabo daremos con ella.» Con proyecto tan halagüeño le introduzco en el mundo. ¿Qué mas necesito decirle? ¿No veis que ya está todo hecho?

Cuando le pinte la dama que le destino, imaginaos si sabré hacer que me escuche, que mire con estimacion y complacencia las prendas que debe amar, y que estén preparados todos sus afectos para lo que ha de buscar ó evitar. Preciso es que sea yo el mas desmañado de los hombres, si no le apasiono de antemano, sin que sepa él de quien. Nada importa que sea imaginario el objeto que le pinte; basta con que le inspire aversion á los que pudieran tentarle; basta con que en todas partes halle comparaciones que le hagan preferir su fantástico objeto á los reales que se le presentaren: ¿y el mismo amor verdadero, acaso es otra cosa que fantasia, ilusion, mentira? Mas se ama la imagen que uno se fragua, que el objeto á que la aplica. Si se viese lo que amamos exactamente cómo es, no habria amor en la tierra. Cuando cesa uno de amar, la persona amada se queda la misma que antes, pero ya no la ve lo mismo; ce descorre el velo del prestigio, y el amor se desvanese. Luego, fraguando el objeto imaginario, soy árbitro

de las comparaciones, y fácilmente impido la ilusion de los objetos reales.

No por eso quiero que engañemos á un mancebo pintándole un dechado de perfeccion que no pueda existir; pero de tal modo escojeré los defectos de su dama, que á él le gusten, y sirvan para corregirle de los suyos. Tampoco quiero que se mienta, afirmándole que existe el objeto que le pintamos; pero si se complace en la imagen, pronto anhelará por encontrar el original. Este anhelo está muy próximo á la suposicion; es negocio de algunas descripciones hechas con maña, que bajo perfiles mas sensibles den á este imaginario objeto alguna apariencia de verdad. Si hasta quisiera nombrarsele, le diria riendo: «Llamemos *Sofía* á vuestra dama futura. *Sofía* es nombre de buen agüero: si no es el de la que elijais, merecerá á lo menos que lo sea, y podremos honrarla con él por adelantado.» Despues de todas estas menudas circunstancias, si satisfago con equívocas respuestas á sus preguntas, sin decirle que si ni que no, creará que le hago misterio de la esposa que le destino, y que la verá cuando sea tiempo. Si una vez le tenemos en esto, y ha sido buena la eleccion de la imagen que le hemos bosquejado, todo lo demás es fácil; podemos aventurarle en el mundo casi sin riesgo: defendedle solo de sus sentidos, que seguro está su corazón.

Pero, realice ó no el modelo que haya sabido yo hacerle amar, si está bien hecho este modelo, no le dará menos apego á todo cuanto se le parezca, y menos aversion á cuanto se le diferencie, que si fuese un objeto real. ¡Qué ventaja tan grande para preservar su corazón de los riesgos á que debe estar expuesta su persona, para enfrenar con su imaginacion sus sentidos, para sacarle sobre todo de las redes de esas que se encargan de la educacion de los mozos, y se la hacen pagar tan cara, enseñándoles el trato fino y quitándoles toda honestidad! ¡*Sofía* es tan modesta! ¿Con qué ojos ha de mirar sus desenvolturas? ¡*Sofía* es tan sencilla! ¿Cómo ha de gustar de sus afeites? Mucho distan de sus ideas sus observaciones, para que corra peligro con estas.

Todos los que hablan de conducir los niños, siguen

las mismas preocupaciones y máximas, porque observan mal y reflexionan todavía peor. Ni por el temperamento, ni por los sentidos empieza el descarrío de la juventud, sino por la opinion. Si se tratase aquí de los muchachos que se educan en los colegios, y de las niñas que se educan en los conventos, haria ver que aun con relacion á estos es cierta mi proposicion; porque las primeras lecciones que toman unos y otras, y las únicas que dan fruto, son las del vicio; y no es la naturaleza quien los extraga, sino el ejemplo. Pero abandonemos los pensionistas de los colegios y de los conventos á sus malas costumbres, que siempre serán irremediables. Hablo solo de la educacion doméstica. Coged á un mancebo educado con recato en casa de su padre en una provincia, y examinadle cuando se introduce en el mundo; hallareis que piensa bien acerca de las cosas honestas, y tiene tan sana la voluntad como la razon; que desprecia el vicio, y mira con horror la disolucion; al solo nombre de una prostituta, vereis en sus ojos el escándalo de la inocencia. Sostengo que no hay uno que se determinase á entrar solo en las tristes moradas de estas infelices, aun cuando supiese el uso y sintiese la necesidad de ellas.

Considerad de nuevo, seis meses despues, al mancebo mismo, y no le conoceréis: sus expresiones libres, sus máximas de córte, su ademan resuelto, harian creer que era otro, si sus chanzonetas sobre su pasado candor, su vergüenza cuando se le acuerdan, no manifestasen que es el mismo, y que de ello se sonroja. ¡Oh, cuánto se ha formado en poco tiempo! ¿De dónde procede tan grande y repentina mudanza? ¿Del progreso del temperamento? ¿Pues no hubiera hecho este los mismos progresos en casa de su padre? y allí ciertamente no hubiera tomado ni este estilo ni éstas máximas. ¿De los primeros placeres de los sentidos? Muy al contrario; el que á ellos empieza á entregarse está inquieto, medroso, huye del bullicio y de ser visto. Los primeros deleites siempre son misteriosos; los sazona y oculta el pudor; la primera dama hace tímido, no descarado. Absorto en un estado tan nuevo para él, se recoge el mancebo para saborearle, y siempre está temblando

de perderle. Si es estrepitoso, ni goza ni ama; el que se alaba no ha gozado.

Solo el distinto modo de pensar ha producido estas diferencias. Todavía es el mismo su corazón: pero han variado sus opiniones. Sus afectos, mas tardos en alterarse, al cabo se alterarán por ellas; y entonces si que estará verdaderamente extragado. Apenas se ha metido en el mundo, cuando adquiere en él una educacion opuesta en todo á la primera, en fuerza de la cual aprende á despreciar lo que estimaba, y á estimar lo que despreciaba: le enseñan á que tenga las lecciones de sus padres y maestros por una jerga de pedantes, y las obligaciones que le han predicado por una moral de chiquillos, que cuando hombre debe desdeñar. Por su honra se cree obligado á variar de conducta; se torna atrevido sin deseos, y presumido por mala vergüenza; se mofa de las buenas costumbres, antes de haber cogido gusto á las malas, y presume de disolucion sin ser disoluto. No me olvidaré nunca de la confesion de un oficial jóven de guardias suizas, que se aburría mucho con los estrepitosos deleites de sus camaradas, y no se atrevía á retirarse de ellos, por temor de que le hiciesen burla. «Me ejercito en esto, decia, como en tomar tabaco, no obstante mi repugnancia; con el hábito vendrá la aficion, que no ha de ser uno niño toda la vida.»

Por eso menos hemos de preservar á un mozo que empieza á vivir en el mundo, de la sensualidad que de la vanidad: mas cede á las ajenas propensiones que á las suyas, y mas disolutos hace el amor propio que el amor.

Esto supuesto, pregunto si hay en la tierra entera otro mejor armado que el mio contra todo lo que puede combatir sus costumbres, sus afectos y sus principios: si hay uno mas dispuesto para resistir al torrente. Porque, ¿contra qué seduccion no está defendido? Si le arrastran sus deseos hácia el sexo, no encuentra en él lo que busca, y ocupado ya su corazón le contiene. Si le agitan y le estrechan sus sentidos, ¿dónde hallará con qué contentarlos? El horror del adulterio y la disolucion, le desvia igualmente de las ramerás que de las

mujeres casadas, y los desórdenes de la juventud siempre empiezan por uno de estos dos estados. Una soltera puede ser desenvuelta, pero no será provocativa; no irá á brindar con su persona á un mozo que se puede casar con ella si la juzga honesta; además de que siempre habrá alguien que la cele. Por su parte, no estará Emilio totalmente abandonado á sí propio; ambos tendrán al menos por custodios el miedo y la vergüenza, inseparables de los primeros deseos; de repente no llegarán á las últimas familiaridades, y no tendrán tiempo de llegar sin estorbo á ellas poco á poco. Para que sea de otro modo, es preciso que haya tomado ya lecciones de sus camaradas, que haya aprendido de ellos á mofarse de su propio recato y á tornarse insolente á imitación suya. Pero, ¿qué hombre hay en el mundo menos imitador que Emilio, y que menos se deje llevar de burlas, pues no tiene preocupaciones, ni cede nada á las de los demás? Veinte años he trabajado en armarle contra los burlones: mas de un día necesitan estos para que se deje dominar de ellos; porque á sus ojos el ridiculizar es la razon de los tontos, y no hay cosa que haga mas insensible á la ironía, que ser superior á la opinion. En vez de donaires necesita razones; y mientras de aquí no saliere, poco miedo tengo de que le saquen de mi poder mozalvetes locos, militando por mi su conciencia y la verdad: y si la preocupación ha de entrar á la parte, algo es tambien un cariño de veinte años; nunca le harán creer que yo le haya aburrido con inútiles lecciones; y en un pecho sensible y recto, la voz de un fiel y verdadero amigo sabrá poner silencio á los gritos de veinte seductores. Como entonces no se trata mas que de hacerle ver que le engañan, y que, fingiendo tratarle como hombre, le tratan realmente como niño, afectaré ser siempre sencillo, aunque grave y claro en mis razones, para que conozca que yo soy quien le trato como hombre. Le diré así: «Ya veis que vuestro interés, que es el mio, es el único que dicta mis razones, y que no puedo tener otro. ¿Mas por qué os quieren persuadir esos mozos? ¿Por qué quieren seduciros? Ni os aman, ni se interesan por vos: su único motivo es un secreto despecho de que valgais mas que ellos; quieren rebajaros

hasta su mezquina medida; y si os acusan de que os dejais gobernar, es por gobernaros ellos. ¿Podeis creer que adelantariais algo con esta mudanza? ¿Tan aventajada es su discrecion? ¿Es su cariño de un día mas sólido que el mio? Para que sus escárnios tuviesen algun peso, fuera necesario que le tuviese su autoridad, ¿y cuál es su experiencia, para que hayan de preferirse sus máximas á las nuestras? No han hecho mas que imitar á otros atolondrados, así como quieren que recíprocamente los imiten á ellos. Por hacerse superiores á las pretendidas preocupaciones de sus padres, se esclavizan con las de sus camaradas. No veo lo que ganan con eso, pero si que pierden dos grandes ventajas; la del cariño paterno, cuyos consejos son sinceros y tiernos, y la de la experiencia, que hace que falle uno de lo que conoce; porque los padres han sido hijos, y los hijos no han sido padres.

»¿Pero los creéis sinceros, á lo menos en sus locas máximas? No por cierto, amado Emilio; por engañaros se engañan ellos; no están acordes consigo mismos; sin cesar los desmiente su corazon, y con frecuencia los contradice su boca. Hay de ellos quien se mofa de todo cuanto es honesto, y se desesperaria de que su mujer pensara como él. Otro lleva tan adelante la indiferencia de costumbres, que comprenderá en ella las de la mujer que aun no tiene, ó por cúmulo de infamia, hasta las de la mujer que ya tiene: pero seguid mas adelante, habladle de su madre, y ved si se allanará con gusto á ser reputado fruto de adulterio, hijo de una mujer de mala vida, á llevar sin corresponderle el nombre de su familia, á robar su patrimonio á su legítimo heredero, por fin, si sufrirá con paciencia que le traten de bastardo. ¿Quién de ellos quisiera que cayese sobre su hija el deshonor de que cubre la ajena? Ni uno hay que no hiciera por quitaros la vida, si practicáseis con él todos cuantos principios se esfuerza en inspiraros. Así muestran al cabo su inconsecuencia, y se ve que ninguno de ellos cree en lo que dice. Estas son mis razones, querido Emilio: pesad las tuyas, si algunas alegan, y comparadlas. Si, como ellos, quisiera valerme de la ironía y el desprecio, veriais cuán fácil es hallar su flaco para ri-

diculizarlos, tanto como ellos á mí, y mas acaso. Pero no temo yo un exámen sério. Poco dura el triunfo de los burlones; la verdad permanece, y la loca risa de aquellos se disipa.»

No creéis que pueda Emilio ser dócil á los veinte años. ¡De cuán distinto modo pensamos! Yo no concibo cómo podía serlo á los diez: porque de esta edad, ¿qué agarradero tenia yo en él? Quince años de afanes he necesitado para labrar este asidero. Entonces no le educaba, que le preparaba para ser educado: ahora lo está lo suficiente para ser dócil; conoce la voz de la amistad y sabe obedecer á la razon. Verdad es que aparento dejarle en completa independenciam, pero nunca estuvo mas sujeto á mí; pues lo está porque quiere estarlo. Mientras no he podido hacerme dueño de su voluntad, no he soltado su persona; no le dejaba un paso. Ahora le abandono alguna vez á si mismo, porque siempre le abandono. Cuando le dejo le doy un abrazo, y le digo con toda confianza: «Emilio, de mi amigo te fio; te entrego á tu honrado corazon; él me responderá de tí.»

No es negocio de un instante extragar afecciones sanas que ninguna alteracion anterior han padecido, ni borrar principios derivados inmediatamente de las primeras luces de la razon. Si sucede alguna mudanza durante mi ausencia, nunca será esta tan larga, ni sabrá él esconderse tan bien de mí, que no conozca yo el riesgo antes que se declare la enfermedad, y que no esté á tiempo de poner remedio. Como nadie se deprava de repente, tampoco aprende de repente á disimular; y si hay un hombre sin maña para este arte, es Emilio, que nunca se halló en ocasion de usarle.

Con estas atenciones y otras semejantes, tan resguardado presumo que está de los objetos externos y de las máximas vulgares, que mas quisiera verle en medio de la peor compañía, que solo en su aposento ó en un jardin, entregado á toda la inquietud de su edad. Por mas que hagamos, de cuantos enemigos pueden acometer á un mancebo, el mas peligroso y el único que no se puede ahuyentar es el propio; pero este enemigo solo por culpa nuestra es temible; porque como he dicho mil veces, por la imaginacion sola se despiertan

los sentidos; su necesidad no es propiamente necesidad física, ni es cierto que sea verdaderamente tal. Si nunca se hubiera presentado á nuestros ojos un objeto lascivo, ni se hubiera introducido en nuestro espíritu una idea deshonesta, acaso nunca hubiéramos sentido esta pretendida necesidad, y habríamos permanecido castos sin tentacion, sin esfuerzo, y sin mérito. No sabemos las fermentaciones sordas que en la sangre de la juventud excitan ciertas situaciones y ciertos espectáculos, sin que sepa ella misma distinguir la causa de esta primera inquietud, que no es fácil de serenar, y no tarda en renacer. Yo por mí, cuanto mas reflexiono en esta importante crisis y en sus causas próximas y remotas, mas me convenzo de que un solitario educado en un desierto, sin libros, sin instrucciones, y sin mujeres, moriría virgen, de cualquiera edad que le llegase la muerte.

Mas no tratamos aquí de un salvaje de esta especie. Educamos á un hombre entre sus semejantes y para la sociedad, y no es posible, ni conviene tampoco, que le criemos siempre en esta saludable ignorancia; y lo peor que hay para guardar cordura, es saber á medias. La memoria de los objetos que nos han hecho impresion, las ideas que hemos adquirido, nos siguen al retiro, le pueblan á despecho nuestro, de imágenes mas seductoras que los mismos objetos, y hacen tan fatal la soledad para el que las lleva consigo, como útil para el que se mantiene en ella siempre.

Vigilad, por tanto, atentamente sobre el mancebo; de todo lo demás se podrá preservar él, pero á vos toca preservarle de si propio. No le dejéis solo de dia ni de noche; acostaos en su cuarto: no se meta en la cama hasta estar rendido de sueño, y salga de ella así que despierte. Desconfiad del instinto, cuando ya no estais ceñido á él: es bueno mientras que obra solo; es sospechoso así que se combina con las instituciones de los hombres: no se le ha de destruir, se le ha de regular; y mas dificultoso puede ser esto que aniquilarle. Muy peligroso fuera que enseñase á vuestro alumno á alucinar sus sentidos, y suplir las ocasiones de satisfacerlos; si una vez conoce este peligroso suplemento, está perdido: siempre su cuerpo y su corazon quedarán enervados;

hasta el sepulcro conservará los tristes efectos de este hábito, el mas funesto á que se pueda exponer un jóven. Todavía valiera mas sin duda..... Si se tornan invencibles los furors de un temperamento ardiente, te compadezco, mi amado Emilio; mas no titubearé un punto, no consentiré que se eluda el fin de la naturaleza. Si te ha de sojuzgar un tirano, primero te entrego á aquel de quien te puedo librar: sea como fuere, mas fácilmente te sacaré de manos de las mujeres que de tí propio.

Hasta los veinte años crece el cuerpo, y necesita de toda su sustancia: entonces está la continencia en el órden de la naturaleza, y solo á costa de su constitucion falta uno á ella. Pasados los veinte años, la continencia es una obligacion moral, que importa para aprender á reinar en sí mismo, y á permanecer árbitro de sus apetitos. Pero las obligaciones morales tienen sus modificaciones, sus excepciones y sus reglas. Cuando la flaqueza humana hace inevitable una alternativa, preferamos el menor de los dos males; en todo estado de cosas vale mas cometer una culpa que contraer un vicio.

Acordaos de que aquí hablo de vuestro alumno y no del mio. Sus pasiones, que habeis dejado fermentar, os dominan: cededles, pues, sin rebozo, y sin encubrirle su victoria; que si sabeis pintársela con sus naturales colores, antes se avergonzará que se engreirá con ella, y os reservareis el derecho de guiarle durante su extravío, para hacer que al menos evite los precipicios. Importa que nada, ni aun lo malo, haga el discípulo, que no sepa y quiera el maestro; y cien veces mas vale que apruebe el ayo una culpa, y se engañe, que si le engañara su alumno, y se cometiera la culpa sin que él lo supiese. Quien cree que debe cerrar los ojos para algo, se ve en breve precisado á cerrarlos para todo: la tolerancia del primer abuso acarrea otro; y esta cadena no se acaba hasta el trastorno de todo órden y el menosprecio de toda ley.

Otro error que ya he impugnado, pero que nunca saldrá de los espíritus apocados, es afectar siempre la dignidad magistral, y querer ser reputado por su discípulo como un hombre perfecto. Este método es contrario á la razon. ¿Cómo no miran que pretendiendo afian-

zar su autoridad, la destruyen; que para hacer que se escuche lo que dicen, es preciso que se coloquen en lugar de aquellos á quienes se dirigen, y que es necesario ser hombre para saber hablar al corazon humano? Todos esos varones perfectos ni mueven, ni persuaden; siempre decimos que les es bien fácil lidiar con pasiones que no sienten. Mostrad vuestras flaquezas á vuestro alumno, si quereis sanarle de las suyas; vea en vos los mismos combates que experimenta él; aprenda á vencerse á ejemplo vuestro, y no diga como los demás: «Estos viejos, despechados porque ya no son mozos, quieren tratar á los mozos como si fueran viejos; y porque están ya apagados sus deseos juzgan los nuestros como delito.»

Dice Montaigne que preguntó un dia al Sr. de Lanjeý cuántas veces se habia embriagado en sus negociaciones de Alemania, por servir al rey. De buena voluntad preguntara yo al ayo de cierto mozo cuántas veces habia entrado en una mancebía por servir á su alumno. ¿Cuántas veces? me equivoco. Si la primera no quita para siempre al disoluto el deseo de volver á ella, si no sale confuso y avergonzado, si no derrama en vuestro seno torrentes de lágrimas, abandonadle al punto; ó es un mónstruo, ó vos un imbécil, que nunca le servireis para nada. Mas dejemos estos expedientes extremos, tan tristes como peligrosos, y que ninguna conexion tienen con nuestra educacion.

¡Cuántas precauciones hay que tomar con un mozo de buena índole, antes de exponerle al escándalo de las costumbres del siglo! Penosas son estas precauciones, pero indispensables; la negligencia en este punto echa á perder toda la juventud; por el desórden de la edad primera degeneran los hombres y les vemos llegar á lo que son. Viles y cobárdes en sus mismos vicios, tienen almas mezquinas, porque desde temprano se han corrompido sus gastados cuerpos, y apenas les queda suficiente vida para moverse. Sus sutiles pensamientos manifiestan espíritus sin material; nada grande y noble saben sentir; no tienen sencillez, ni vigor: soeces en todo, y villanamente malos, son vanos, bribones y fermentados; ni siquiera tienen el suficiente ánimo para ilustrarse en la perversidad. Estos son los hombres des-

preciables que se forman con la extragada torpeza de nuestra mocedad: si se hallase uno solo que supiese ser templado y sóbrio, y que en mitad de ellos supiese preservar su corazón, su sangre y sus costumbres de la epidemia del ejemplo, á los treinta años extrujaría todos esos insectos, y con menos dificultad que le costó permanecer dueño de sí propio se erigiría en árbitro de todos ellos.

Por poco que la cuna ó el caudal hubiese hecho en favor de Emilio, sería él este hombre, si quisiese serlo; pero los tiene muy en poco, para que se digne esclavizarlos. Veámosle ahora en mitad de ellos, introducido en el mundo, no para descollar, sino para conocerle y encontrar una digna compañera.

Sea cual fuere la gerarquía en que haya nacido, y la sociedad en que empiece á introducirse, su estreno será sencillo y sin lucimiento: ruego á Dios no sea tan desdichado que brille en ella. No son sus cualidades de aquellas que á primera vista dan golpe; estas ni las posee, ni quiere poseerlas. Hace muy poco aprecio de los juicios de los hombres para que le haga de sus preocupaciones, y no se cura de que le estimen antes de conocerle. Su modo de presentarse no es modesto ni vano, es natural y sin disfraz; no conoce la sujecion ni el disimulo, y en medio de una concurrencia es el mismo que solo y sin testigos. ¿Será por eso rústico y desdeñoso, sin atención con nadie? Muy al contrario; si cuando está solo no valúa en nada á los demás hombres, ¿por qué no los ha de valuar en algo cuando vive con ellos? En sus modales no los prefiere á sí mismo, porque en su corazón no los prefiere; pero tampoco les manifiesta una indiferencia con que está muy distante de mirarlos: si no usa las fórmulas de la cortesía, no falta á las atenciones de la humanidad. No gusta de ver padecer á nadie; no ofrecerá su sitio á otro por monada, pero se le cederá por bondad, si ve que se han olvidado de él, y juzga que le ha mortificado este olvido; porque menos le costará estarse voluntariamente en pie, que ver que otro lo está por fuerza.

Aunque Emilio no estime á los hombres en general, no les manifiesta desprecio, porque los tiene compasión

y se duele de ellos. No pudiendo inspirarles afición á los verdaderos bienes, les deja los de opinion con que se contentan, no sea que, quitándoselos sin resarcirlos, los haga mas infelices que antes eran. Así no es disputador, ni tiene espíritu de contradiccion; tampoco es contemplativo ni adulator; dice su dictámen, sin contrarestar el de nadie, porque ama la libertad sobre todo, y la sinceridad es uno de sus mas preciosos derechos.

Habla poco, porque no pretende que se ocupen de él; por la misma razon, solo dice cosas útiles: si no, ¿qué es lo que le obligaría á hablar? Emilio es muy instruido para que nunca sea parlanchin. El charlar mucho proviene necesariamente ó de la pretension de agudeza, de que hablaré luego, ó del aprecio que hacemos de frioleras, y de la tontería de creer que los demás hacen de ellas el mismo caso que nosotros. El que conoce bastantes cosas para apreciarlas todas en lo que verdaderamente valen, nunca habla en demasia, porque tambien sabe apreciar la atención que excita y el interés que inspiran sus razonamientos. En general, las personas que saben poco hablan mucho, y las que saben mucho hablan poco. Cosa sencilla es que un ignorante tenga en mucho cuanto sabe, y se lo diga á todo el mundo; pero los instruidos no abren con facilidad su repertorio; tendrían mucho que decir, y saben que todavía queda mucho mas que otros digan despues de ellos, y así se callan.

Lejos de chocar con el dictámen de los demás, se conforma Emilio con él de buena voluntad; no por parecer instruido en los estilos, ni por afectar modales de hombre cortés, sino al contrario porque no le distinguan, por evitar que le noten, y nunca se halla mas á su gusto, que cuando no reparan en él.

Aunque al tiempo de su introduccion en el mundo ignore absolutamente los modales de él, no por eso es tímido y medroso; si se esconde no es por confusion, sino porque para ver bien, es preciso no ser visto; lo que de él piensan no le hace mella, ni le asusta que le ridiculicen. Esto es causa de que estando siempre sereno y tranquilo, no le perturba la mala vergüenza. Mirenle ó no, lo que hace siempre lo hace lo mejor que sabe; es-

tando siempre sobre sí para observar bien á los demás, comprende los estilos con una facilidad que no tienen los esclavos de la opinion. Podemos decir que toma mas pronto el estilo del mundo, justamente porque le tiene en poco.

No os engañéis, sin embargo, acerca de su aspecto, ni le compareis con el de vuestros mancebos pisaverdés. Es entero, no presumido; sus modales son libres, no desdeñosos: el aire insolente solo es propio de los esclavos, la independencia no gasta afectacion. Nunca he visto hombre que tenga altivez en el ánimo y le manifieste en su traza: esta afectacion es peculiar de las almas soeces y vanas, que solo así pueden imponer respeto. He leído en un libro, que habiéndose presentado un dia en la sala del famoso Marcel un extranjero, le preguntó este de qué país era: «Soy inglés.» respondió el extranjero.—¡Vos inglés! replicó el bailarín; ¡vos de aquella isla donde los ciudadanos participan de la administracion pública, y son porcion del poder soberano! (1) No señor; ese semblante abatido, ese mirar tímido, ese andar incierto, no anuncian mas que un esclavo titulado de algun elector.»

No sé si este fallo manifiesta mucho conocimiento de la verdadera relacion que tiene el exterior de un hombre con su carácter. Yo, que no tengo la honra de ser maestro de baile, hubiera pensado todo lo contrario. Hubiera dicho: «Este inglés no es cortesano, pues nunca he oído decir que tuviesen los cortesanos el semblante abatido y el andar incierto: un hombre tímido en casa de un bailarín, pudiera muy bien no serlo en la cámara de los comunes.» Por cierto que el tal Marcel debe creer á sus compatriotas otros tantos romanos.

El que ama quiere ser amado. Emilio ama á los

(1) Como si hubiera ciudadanos que no fuesen miembros de la ciudad, y en calidad de tales, participes de la autoridad soberana. Pero habiéndoseles metido en la cabeza á los franceses usurpar el respetable nombre de ciudadanos, que se daba antiguamente á los miembros de las ciudades de las Galias, de tal modo han mudado la idea de esta voz, que ya no se entiende lo que con ella quieren decir. Uno que me acaba de escribir muchas tonterías contra la Nueva Eloisa, ha ornado su firma con el título de ciudadano de Pimbeuf, y ha creído que decia un agudo chiste.

hombres, por tanto quiere agradarles. Con mas motivo quiere agradar á las mujeres; su edad, sus sanas costumbres, su proyecto, todo contribuye á mantener en él este deseo. Digo sus sanas costumbres, porque no influyen poco para esto; los hombres que las tienen son los que verdaderamente adoran á las mujeres. No usan, como los otros, cierta clase burlona de galanteo; pero manifiestan un obsequio mas sincero, mas tierno, y que sale del corazon. Junto á una mujer jóven conoceria yo entre cien mil disolutos al hombre que tiene buenas costumbres y domina la naturaleza. Júzguese lo que será Emilio con un temperamento nuevo, y tantos motivos para resistir á él. Cerca de ellas bien presumo que algunas veces estará tímido y confuso; pero ciertamente no les disgustará esta confusion, y las menos bribonas tendrán mas de una vez el arte de divertirse con ella y aumentarla. En cuanto á lo demás, su obsequio variará sensiblemente de forma segun los estados. Será mas modesto y respetuoso con las casadas, mas tierno y mas vivo con las niñas solteras; pues no pierde de vista el objeto de sus investigaciones, y siempre da pruebas de mas atencion á lo que se las recuerda.

Nadie será mas puntual que él para todas las atenciones fundadas en el orden de la naturaleza, y aun en el buen orden social; pero siempre preferirá las primeras á las últimas, y respetará mas á un mero particular de mas edad que él, que á un magistrado de su misma edad. Como será por lo comun uno de los mas jóvenes de las sociedades en que se encuentre, siempre será uno de los mas modestos, no por vanidad de parecer humilde, sino por un afecto natural y fundado en razon. No tendrá el impertinente descaro de un mozo presumido, que por divertir la reunion habla mas recio que las personas de juicio, é interrumpe á los mayores de edad: y no autorizará por su parte la respuesta de un noble anciano á Luis XV, que le preguntaba cuál le parecia mejor, si su siglo ó este: «Señor, he pasado mi mocedad respetando á los ancianos, y ahora tengo que pasar mi vejez respetando á los niños.»

Con un alma tierna y sensible, pero que nada valúa por la opinion, aunque guste de agradar á los demás,

poco se cuidará de hacer efecto. De donde se colige que será mas afectuoso que cortés, que nunca tendrá altivez, y que le moverá mas un halago que mil elogios. Por los mismos motivos no descuidará ni sus modales, ni su atavío; acaso podrá gastar alguna afectacion en su traje; no por parecer hombre de gusto, sino por hacer mas agradable su presencia; mas no recurrirá al marco dorado, y nunca mancillará sus galas la muestra de la riqueza.

Vemos que todo esto no requiere de mi parte mucho lujo de preceptos, y que es mero efecto de su primera educacion. Nos hacen mucho misterio del uso de mundo; como si en la edad en que se adquiere este uso, no le adquiriese uno naturalmente, y no se debieran indagar sus primeras leyes en un corazon recto. La verdadera urbanidad está cifrada en manifestar benevolencia á los hombres; y sin dificultad se echa de ver en el que la tiene: solo para el que carece de ella es forzoso reducir á un arte sus apariencias.

«El efecto mas triste de la urbanidad que se estila, es que enseña el arte de carecer de las virtudes que imita. Inspiremos en la educacion la humanidad y la beneficencia, y tendremos urbanidad ó no la necesitaremos.

»Si no tenemos la que por las gracias se anuncia, tendremos la que anuncia al hombre de bien y al ciudadano, y no necesitaremos recurrir á la falsía.

»En vez de ser artero para agradar, bastará con ser bueno; en vez de ser fingidor para adular las flaquezas ajenas, bastará con ser indulgente.

»Aquellos con quienes así procedamos no se ensoberbecerán, ni se estragarán; nos quedarán reconocidos, y se tornarán mejores (1).»

Paréceme que si hay educacion que deba producir la especie de urbanidad que aquí exige el señor Duclos, es aquella cuyo plan he bosquejado. Convengo, no obstante, en que con máximas tan diferentes, Emilio no será como todo el mundo, y libreme Dios de que nunca

(1) *Consideraciones sobre las costumbres de este siglo*, por el señor Duclos, pág. 63.

lo sea. Pero en lo que se diferencie de los demás, no será enfadoso ni ridículo: la diferencia será palpable sin ser incómoda. Emilio será, si queremos un extranjero amable. Primero le perdonarán sus rarezas, diciendo: *El se hará*; luego se acostumarán con sus modales, y viendo que no los muda, tambien le perdonarán diciendo: *Está hecho á eso*.

No será obsequiado como un hombre amable, pero le querrán sin saber por qué; nadie alabará su ciencia, pero con gusto le harán juez entre los hombres de talento: el suyo será limpio y limitado, tendrá sentido recto y juicio sano. Como nunca correrá en pos de ideas nuevas, no pecará de agudo. Le he hecho conocer que todas las ideas saludables y verdaderamente útiles á los hombres, fueron las primeras que se conocieron, que en todos tiempos son los únicos vínculos de la sociedad, y que á los espíritus trascendentales no les queda otro medio de distinguirse que ideas perniciosas y funestas al linaje humano. No le mueve este modo de excitar la admiracion: sabe dónde ha de encontrar la felicidad y en qué puede contribuir á la ajena. La esfera de sus conocimientos no se estiende á mas de lo que es provechoso. Su senda es angosta y bien marcada; y como no tiene tentaciones de salir de ella, se queda confundido con los que la siguen; ni quiere descarriarse ni lucir. Emilio es un hombre de sana razon, y no quiere ser otra cosa: por mas que quieran injuriarle con este dictado, él le tendrá siempre á mucha honra.

Aunque el deseo de agradar no le deje ya en una absoluta indiferencia acerca de la opinion ajena, de esta solo consultará aquello que tenga inmediata conexion con su persona, sin curarse de las valuaciones arbitrarias que no tienen otra ley que la moda ó las preocupaciones. Tendrá á gala el hacer bien todo cuanto haga, y hasta hacerlo mejor que otro: en la carrera querrá ser el mas ligero, el mas fuerte en la lucha, en el trabajo el mas hábil, y en los juegos de maña el mas mañoso; pero aspirará poco á las ventajas que no son claras en sí, y que para comprobarse necesitan el juicio ajeno, como tener mas entendimiento que otro, hablar mejor, saber mas, etc.; y menos todavía por las que no